



Sánchez Madrid, N. (Ed.): *Hannah Arendt y la literatura*. Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2016, 194 pp.

El contenido de esta obra colectiva constituye un análisis filosófico, riguroso y académico de la relación entre el pensamiento de Hannah Arendt y la literatura, sin embargo, la forma en que se disponen sus partes –una presentación a modo de prefacio, siete capítulos y un epílogo– y algunas de las sensaciones que se despiertan en el lector –sonrisas esbozadas, curiosidad, imaginación agitada...– nos recuerdan inevitablemente a las que asociamos con las obras literarias. Así mismo, encontramos en su interior personajes singulares que sufren peripecias vitales en un escenario histórico de oscuridad y que tienen como compañero de viaje al concepto de acción con sus diferentes máscaras. Intencionadas o no, estas similitudes con lo literario consiguen dar cuenta de la relación tan estrecha y prolífica que siempre ha existido entre filosofía y poesía; relación que, sin duda, configura el trasfondo de esta obra.

La presentación de la editora y también autora de uno de sus capítulos, Nuria Sánchez Madrid, nos introduce a los distintos autores de este volumen colectivo: profesores de filosofía, de filología, doctores y doctorandos que se acercan de maneras diversas a la relación de Arendt con la literatura a través de las figuras de Homero, Lessing, Kafka, Proust, Bertolt Brecht, Hermann Broch y Dinesen. El sentido y pertinencia de sus escritos queda justificado por Sánchez Madrid, que al tiempo que los resume concisamente, es capaz de enriquecerlos a partir de otras referencias culturales y literarias a las que Arendt alude en sus textos. Desde la perspectiva privilegiada de quien conoce las obras de los autores protagonistas y de quien ha mirado los capítulos en su conjunto, la editora vislumbra relaciones que hacen de su primer texto algo más que una mera presentación. Así, en el final de sus palabras, vuelve a reinar la poesía que, entre otras virtudes, consigue atesorar el pasado para los que vendrán, haciendo valer la singularidad propia de la condición humana frente a la barbarie.

En el primero de los capítulos, Carlos Javier González Serrano, se ocupa de la comprensión arendtiana de la política griega y de algunas de las relaciones que se pueden establecer entre ésta y la poesía homérica. Efectivamente, según Arendt la política en Grecia nace no sólo como efecto del mero convivir, de ese estar juntos que nos caracteriza y que algunos identifican con la sociedad. Es necesaria la libertad, la posibilidad de salir del espacio de la necesidad para actuar (*práxis*) a través del discurso (*léxis*) en la esfera pública. Esta segunda vida, la propia de la polis, que permite a los humanos alejarse de su condición de mortales, se asemeja más de lo que creíamos a la de Aquiles en la *Iliada*, quien lleva a cabo grandes acciones y pronuncia grandes palabras. Pero al igual que los hombres, el héroe también se ve sometido al capricho final de los dioses. La insistencia de este *deus ex machina* en el mundo griego preocupa a Arendt que, sin embargo, acaba por comprender que la intervención de los dioses siempre se da a partir y después de las acciones humanas y, por eso mismo, depende de ellas. Por otro lado, una vez que los dioses

han intervenido, al hombre le queda siempre la palabra, la respuesta, la protesta. De este modo, el lenguaje se manifiesta también como acción y nos provee de un paralelismo más entre el héroe y el hombre: ambos comparten la valentía para decir y actuar entre y frente a otros.

El autor de este primer capítulo atenderá además a otras relaciones que la poesía y política griegas mantienen entre sí y con distintos acontecimientos. Por ejemplo, el carácter dual de la política en Arendt –por un lado, agonial y cercano a la poesía homérica; por otro, deliberativo, asociativo–, el totalitarismo como efecto de la falta de pluralidad necesaria para que exista política en el sentido griego –el hombre aislado pierde la visión de la responsabilidad, sólo accesible desde el espacio público– o la interacción posible entre los discursos de Simone Weil, Rachel Bepaloff y Arendt en torno a Homero, la política y la condición humana.

El segundo capítulo, firmado por Germán Garrido Miñambres, se enfoca en la figura de Lessing que sirve de ejemplo a Arendt para ahondar en la cuestión del exilio –o del refugiado, en términos modernos–, así como en otros temas –las relaciones entre lo público y lo privado, el pensamiento y la acción o entre el actor y el espectador. Para la filósofa, existe un trasfondo y potencial político en las obra y figura de Lessing que se manifiesta, por ejemplo, en su consideración de la acción como esencia de la poesía o en su defensa de la compasión, en lugar del miedo, como sentimiento central de la catarsis. Así mismo, Lessing se decanta por el encuentro con la opinión del otro, por el debate público, en lugar de la búsqueda de una verdad absoluta y única. Optar por esta última supondría acabar con el diálogo –y, por tanto, con el pensamiento–, así como con la pluralidad y la imprevisibilidad del mundo humano. Cuando, tal y como ocurre en los totalitarismos, la libre expresión pone en riesgo la propia vida se priva a la persona de aquel mundo, el cual no se identifica con las garantías del Estado Nación, sino más bien con una serie de lazos comunitarios. Es entonces cuando se plantea la necesidad o la posibilidad del exilio –que también puede ser interior– y que, además de una exclusión del mundo, conlleva un intento de reapropiación o reformulación del mismo a través del discurso para de algún modo conservarlo. Es posible entonces tomar la perspectiva del espectador sobre aquel mundo, que supone una mejor visión de conjunto que la del actor y permite establecer un juicio sobre lo que observa comunicable a otros. Es aquí cuando Arendt acude a Kant y a su *Crítica del Juicio* para intentar trasladarse del sentido común estético al sentido común político.

El tercer capítulo, a cargo de Nuria Sánchez Madrid, se ocupa de una “proximidad distante” entre la obra de Franz Kafka y la reflexión arendtiana en torno a la condición política del hombre. Existe una obsesión común a ambos, la forma de la ley que, sin embargo, enfocarán de maneras muy diferentes. Ella considerará la ley un medio humano que debería usarse para la protección del desamparado, del *pariah*, del refugiado con intención de hacer nuestro mundo más habitable. Él, una condena impuesta que se ha convertido en mandamiento divino incomprensible y homogeneizador, capaz de ahogar la dignidad y el deseo de vivir. Esta divergencia dará lugar a distintas consecuencias y concepciones de lo humano que la autora desarrollará a lo largo del capítulo. Por otro lado, Arendt encuentra en la literatura de Kafka ejemplos para denunciar la exclusión social de los judíos en Europa y la carencia de condiciones para una vida con sentido –familia, trabajo, ciudadanía– que sufren los refugiados, así como para pedir que los derechos humanos sean efectivos y no meramente nominales.

Víctor Granado Almena dedica el cuarto capítulo de este libro a la inspiración

que supuso Proust para algunas de las reflexiones de Arendt sobre la literatura, los desplazamientos entre lo público y lo privado, la cuestión judía y la determinación de la identidad. En primer lugar, para la filósofa alemana, la literatura está estrechamente vinculada al pensamiento. Pensamos articulando palabra e imagen, por tanto, de un modo dialógico, intersubjetivo, comprensivo y lo hacemos en relación con el mundo y la acción, a partir de la experiencia viva, que la novela es capaz de condensar mejor que cualquier teoría. A diferencia de la historia u otras formas abstractas de atender a lo ocurrido, la narración o *storytelling* posee para Arendt la virtud de cuidar la pluralidad y respetar el acontecimiento. En segundo lugar, el autor profundiza en el repliegue hacia la interioridad y el consiguiente abandono de lo público a partir del siglo XIX, que ejemplifica la obra Proust y que la filósofa analiza. En tercer lugar, se tratará el modo en que se conforman las identidades a partir de las reflexiones de Arendt sobre la Modernidad y la sociedad de masas. Junto al burgués aparecerá la figura del monstruo –categoría en la que la alemana coloca al judío, pero en la que cabe también el homosexual– al que se le niega la pluralidad y complejidad necesarios para ser considerado humano.

En el quinto capítulo, Tomás Domingo Moratalla investiga el acercamiento de Hannah Arendt a la figura de Bertolt Brecht, para ahondar en algunos aspectos del pensamiento de ésta. Para ello, primeramente, recorrerá los momentos biográficos de la filósofa en los que Brecht aparece directa o indirectamente, influyendo así en algunas de sus reflexiones. Amigo de su primer marido, Günther Stern –más conocido como Günther Anders– y poeta de cabecera de Heinrich Blücher, su segundo marido, Brecht inspira, con su ironía y humor mordaz, las conversaciones de Arendt y Blücher que darán lugar a la idea de la “banalidad del mal”. Más adelante, la alemana impartirá un seminario sobre el poeta junto a su amigo Erich Heller, con el que mantendrá una acalorada polémica en torno a la postura de Brecht hacia Stalin. En segundo lugar, Domingo Moratalla, analizará los pocos textos que Arendt le dedica a Brecht. En ellos reflexiona sobre la actitud del poeta frente a los horrores de la época, sobre su cinismo y vitalismo o sobre su intento de dar voz a los que no son escuchados. La filósofa también tomará el caso de la militancia comunista de Brecht para adentrarse en la relación entre poesía y política. Finalmente, el autor del capítulo, no sólo se ocupará de la cuestión del mal en Hannah Arendt, sino que nos ofrecerá la oportunidad de ir más allá, al trasladar el carácter de normalidad que aquella atribuyó al mal a la noción de bien. De este modo, mostrará que la bondad también puede ser banal. Bondad que además aparece cargada de fragilidad, pues al ser expuesta como tal deja de serlo, y que puede desembocar precisamente en el mal, si se persigue a toda costa.

El sexto capítulo, firmado por Carlos Barrasús, se centra en la figura del intelectual y poeta vienés, Hermann Broch, que sirve a Hannah Arendt como ejemplo vital que ilumina esos tiempos de oscuridad en los que se han visto envueltos. Broch, que siempre reivindicará la primacía de lo ético frente a lo estético o cognoscitivo, buscará respuestas a los horrores de la primera mitad del siglo XX y a la desorientación del hombre moderno en distintos ámbitos: primero en el arte, luego en la ciencia y finalmente en la *praxis* política. El vienés confiaba en que estos productos permitirían dar de nuevo sentido a la existencia humana cumpliendo con las condiciones del imperativo ético. La descomposición del mundo, la disolución de lo que para él es un “valor supremo”, la vida humana, y la consecuente anarquía axiológica comienzan, según el vienés, con la secularización iniciada en el Renacimiento y el abandono de una forma de vida católica y estática propia de la Edad Media. Broch propondrá

entonces acudir a las artes y las ciencias –retornar al *mythos* y al *logos*– para escapar de la finitud y desorientación en que habría quedado sumida la humanidad en la Modernidad y así trascender aquella contingencia propia de la temporalidad. Si estos medios fallaran, quedaría la *praxis* política, cuyo cometido debería ser la garantía efectiva de los derechos humanos, para con ellos alcanzar la estabilidad que permitiera reordenar y refundar el mundo.

En el séptimo capítulo, Eduardo Cañas Rello toma las reflexiones de Arendt sobre la escritora danesa Karen Blixen, más conocida como Isak Dinesen, para pensar junto a ellas las virtudes y peligros de diferentes ideas que recorren el pensamiento de la filósofa alemana. El autor comienza reconociendo que las dos comprenden de un modo similar la relación entre autor y obra. Ambas quieren trascender los frutos de su labor, tal vez conscientes de que su propia identidad no se fabrica, no se termina como sí ocurre con las obras, sino que es susceptible a los vaivenes de la contingencia y la pluralidad. Como se comprenderá al final del capítulo, la vida –su destino– no puede decidirse, pues está sometida a la imprevisibilidad; creer lo contrario supone un cierto pecado de orgullo, una suerte de *hybris*. En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, ambas conciben la vida al modo de un relato donde es necesaria una imaginación productiva que haga de la mera sucesión de los acontecimientos pasados un destino. El peligro aflora cuando Arendt parece sugerir que el historiador trabaja de un modo similar al del narrador de ficción, introduciendo coherencia y sentido en el conglomerado de datos a los que se enfrenta. Esta cercanía entre historia y ficción, que Cañas Rello encuentra en las palabras de Arendt, conllevan una serie de peligros e incoherencias que el autor desarrollará ejemplarmente.

Para terminar, podemos decir que Hannah Arendt no fue una gran estudiosa de las cuestiones estéticas, por lo que la literatura jugará otro papel en su pensamiento. Fina Birulés lo deja claro en el epílogo cuando parece condensar lo que los otros coautores han venido diciendo. Para la filósofa alemana las obras literarias no sirven para demostrar nada, no valen como prueba de la verdad, sino que reflejan la pluralidad de voces –indispensable para hacer política y no perder nuestra condición de humanos– y condensan experiencias históricas que afectan al lector de un modo que las ciencias sociales o la historia son incapaces de alcanzar. Las narraciones privilegian lo particular, lo contingente, lo imprevisible –rasgos todos que Arendt asocia a lo humano– y desde ahí permiten un cierto acceso a lo general o lo abstracto, por ejemplo, a la comprensión de una época. Muy al contrario, las ciencias sociales funcionan para la alemana a través de totalizaciones desde las que se enmudece el acontecimiento, sin dejar espacio a la indignación o el entusiasmo, en aras de una supuesta objetividad que termina por convertirse en insensibilidad. Entre los *Hombres en tiempos de oscuridad* de los que se ocupa nuestra pensadora encontramos precisamente intelectuales y autores de obras literarias cuya vida y trabajos han servido para iluminar el ambiente cargado de pesimismo, vergüenza y desesperanza propio del siglo XX. Esforzarse por ver estos resplandores, pero también otras ideas y actitudes presentes en la obra de Arendt, como el valor que le concede a la imaginación para la política y la comprensión, su *amor mundi* o su confianza en la natalidad, la alejan sin duda del apelativo de “nihilista”.

Silvia Castro García  
Universidad Complutense de Madrid  
scastrog@ucm.es